

La lección de las Malvinas

La anacrónica —en su contenido ideológico— y, al mismo tiempo, ultramoderna —por la sofisticación armamentista— agresión de la Inglaterra de la Thatcher, apoyada por los Estados Unidos de Reagan y las naciones europeas, a un pedazo de nuestro suelo, suscitó en toda Latinoamérica y muy particularmente en Venezuela, una reacción espontánea y generosa de solidaridad con el agredido y de ira frente al agresor.

Ahora, cuando el poder militar enterró —hasta otra ocasión— la justa reivindicación anticolonial de la Argentina, cuando la reacción fervorosa permanece transformada en sorda rabia, queremos volver sobre las raíces de la reacción de nuestros pueblos. Porque lo que floreció en esos momentos fue algo que tiene que ver con el GENIO, con el MODO DE SER latinoamericano. Algo que en ciertos momentos, abrumado por las circunstancias, parece estar sólo latente, pero que es tan vivo y tan radical, que no podemos olvidarlo si pretendemos construir un proyecto histórico acorde con el alma latinoamericana.

Es que los pueblos latinoamericanos, frente a la agresión colonial, han reconocido su identidad profunda, esa identidad que la uniformidad impuesta por el industrialismo actual pretende negar y destruir. Y que en la cotidianidad, muchas veces, aparece eficazmente negada. Pero que, así como en esta ocasión surgió rotunda y claramente, puede y debe llegar a ser inspiradora de la historia que queremos construir.

LO QUE NOS UNE

Nadie puede negar que nuestros países gravitan en lo económico alrededor del centro de poder del mundo capitalista. Esa dependencia económica nos hace, en cierto grado, también dependientes en lo cultural, en lo social y hasta en lo político.

Pero esa dependencia no da cuenta cabal de toda la realidad. Cuando nuestros pueblos se mueven, no siempre encontraremos como explicación de su andar un hilo que los une, como cordón de marioneta, a la CIA, el Pentágono o la Casa Blanca. No pretendemos borrar de la historia el intervencionismo norteamericano. Pero la historia de nuestros pueblos no encuentra sólo en el país hegemónico su última explicación.

Ni, por el lado contrario, regímenes o movimientos de signo liberacionista, son maquinaciones de Moscú.

Países, sistemas y gobiernos que se mueven en la órbita capitalista, sí. O "satélites de Rusia", menos, pero también. Pero por detrás de eso un nacionalismo que hace a nuestros pueblos, al menos en momentos decisivos, excéntricos en su gravitar.

El gobierno más "gorila" es capaz de acciones nacionalistas. Y cuando lo hace, su pueblo y los demás pueblos latinoamericanos legitiman esa acción y se aglutinan a su alrededor para apoyar esa acción.

Por el lado contrario, Nicanor Costa Méndez —representante de esa oligarquía argentina enriquecida mediante sus contactos comerciales con Inglaterra— reconoce emocionado lo nacional de la revolución cubana.

Frente a lo que nos separa al interior de nuestros pueblos en el plano ideológico —real, vivo y en ocasiones sangrante—, un nacionalismo también real y vivo que nos une. Eso que nos une y que nos iguala en nuestras diferencias tiene que ser reconocido.

La Venezuela de hoy no puede seguir siendo la del pacto de Punto Fijo que trata de construirse excluyendo al contrario de la vida política. Ni la guerrillera que trata de acabar con el contrario. Sino la del diálogo de los contrarios para construirla interiormente y ante los otros pueblos del mundo.

NUESTRA AMERICA

El nacionalismo, patente y fuerte, de nuestros pueblos, no es un sentimiento cerrado. Al contrario, muy consciente de las particularidades que hacen las diferencias, se abre entrañablemente a todas las naciones latinoamericanas.

Nuestro pueblo, como los otros del subcontinente, son latinoamericanos y latinoamericanistas. Latinoamericanismo que no es panamericanismo. Latinoamericanismo incluso frente a panamericanismo. Más claro: el pensamiento de Bolívar contra la doctrina Monroe. Es la AMERICA NUESTRA, que dijera José Martí, la que en los sucesos de las Malvinas se ha proclamado frente a la "América de ellos".

La AMERICA NUESTRA, la criolla y mestiza, india y negra, con el peso de una tradición que tiene raíces en una historia compartida, que la debe hacer capaz de unirse en igualdad, sin pretensiones hegemónicas de nadie, frente a la otra América unida por la hegemonía de otros.

El panamericanismo se ha impuesto y cuenta con un peso de instituciones que la hacen fuerte en la vida de cada día. El latinoamericanismo de la PATRIA GRANDE, aún sin institucionalizarse. Ese es el gran desafío de nuestra historia: hacer de la utopía realidad.

No se puede dejar de señalar el papel destacado que Venezuela ha tenido en la reacción latinoamericana frente a los sucesos de las Malvinas.

Sería mezquino y no ajustado a la verdad decir que el gobierno venezolano, en esta ocasión, actuó con posturas electoreras o maniobras distractivas. Aunque sea cierto que la polarización de la opinión pública

frente a un hecho en cierta manera externo, haya venido muy bien al gobierno copeyano. El gobierno de Luis Herrera logró alrededor de sus posturas una concertación y un apoyo totales, porque actuó como expresión cabal de la nacionalidad.

Es que para Venezuela el latinoamericanismo no le es dado por el petróleo, ni es fruto de políticas accidentales que busquen el "prestigio", sino que es la política que la forjó como nación.

Para la Venezuela de hoy, es imperativo ser, como lo fue en sus orígenes, latinoamericana. Y serlo es actuar en lo internacional apoyando la integración, en todos los niveles, de los pueblos latinoamericanos. Hasta que Latinoamérica llegue a ser un bloque fuera de los dos bloques que hoy se disputan la hegemonía del mundo. Un bloque cerca de los otros pueblos que luchan por su desarrollo y su independencia. Un bloque capaz de hacer oír su voz en el concierto de las naciones y que llegue a ser tan fuerte que sea capaz de enfrentar, hasta dialógicamente, rotas todas las cadenas, con esa otra América que hoy es la contradicción más fuerte para el ser de nuestros pueblos.

EL OTRO COLONIALISMO

NUESTRA AMERICA es la Patria Grande de todos los latinoamericanos. Una patria sola con muchos pueblos distintos. Cada uno de nuestros países es también una patria que se hace con hijos diferentes. Patria con hijos criollos, mestizos, indios y negros. Las diferencias se acentúan, hasta negar la unidad, porque se caracterizan en clases sociales opuestas.

Como hoy —en el caso de las Malvinas y en la cotidianeidad de la política internacional— triunfa la otra América frente a **NUESTRA AMERICA**, la que divide nuestra diversidad en lugar de unirla, también al interior de nuestras naciones triunfa una clase hegemónica que llama a sus propios intereses nacionales, negando los de las otras clases.

Esa clase se ha apropiado de la economía de nuestros pueblos. Dominando las economías, dominan también los estados. Y, con algunas contradicciones en las democracias, sin contradicciones en las dictaduras, logran poner al servicio de sus intereses el accionar de nuestros gobiernos. Es lo que Medellín en el Documento Paz, con certera intuición, denominó **COLONIALISMO INTERNO**.

Ahora que los sucesos de las Malvinas nos han llevado a percibir la fuerza entrañable del anticolonialismo de nuestros pueblos, es preciso rehacer el esfuerzo para comprender la terrible unidad entre el colonialismo externo que nos hace dependientes porque las decisiones que afectan a la vida de nuestros pueblos se toman más allá de nuestras fronteras, y ese colonialismo interno que impide a nuestros gobiernos hacer frente con eficacia a eso que hemos señalado como la primera contradicción de nuestros países.

Es que como el anticolonialismo está en la entraña del pueblo, muchas veces, demasiadas veces, el antimperialismo es bandera para aglutinar fuerzas para la toma de poder por parte de las clases hegemónicas. Se deja para un "después" que nunca llega, la lucha por una verdadera democracia, que destruya privilegios a nivel interno. Y sin esa lucha, la bandera antimperialista se abandona, porque es contraria a los intereses de quienes gozan del poder, porque las "oligarquías herodianas" pactan con el imperio para asegurar sus intereses frente a los del pueblo.

En Venezuela, la lucha independista se hizo proyecto nacional cuando dejó de ser meramente proyecto de los criollos y se hizo bandera de liberación para los sin tierra, para los esclavos, para todos. El 23 de enero fue proyecto nacional porque era proyecto de todos. Pero la democracia conquistada se ha transformado en proyecto para los partidos del sistema, y para los grupos económicos y militares, que fueron sus artífices porque lograron aglutinar al pueblo en un proyecto nacional, pero que después han ido dejando fuera de los beneficios obtenidos a ese mismo pueblo.

De ahí el "desgaste" que padece la democracia venezolana. Frente a las voces que proclamarían que ese desgaste conduce a un fin de la democracia, hay que luchar por la intensificación de la democracia. El poder económico, el poder cultural, el poder político, tienen que democratizarse más, mucho más. Sólo un pueblo organizado y consciente puede alcanzar esta mayor democracia. Y sólo un gobierno apoyado por ese pueblo organizado y consciente, puede quebrar el colonialismo interno que acentúa la desunión al interior de la nación. Porque solamente quebrada esta segunda contradicción, se puede quebrar la primera contradicción, la que nos impide alcanzar la independencia plena.

El recuerdo de la primera independencia que en este mes celebramos, debe ser acicate para, reviviendo los sentimientos y las luchas anticoloniales de todos los venezolanos, hacer una Venezuela sin arrinconados, capaz de comprometerse por una América sin hegemonías.

RECORDAMOS A NUESTROS LECTORES

* que este número (Julio-Agosto) y el próximo (Septiembre-October) son bimestrales (son 10 números al año),

* que, por consiguiente, el próximo número saldrá a mediados de Octubre.